

**Otras Naciones:
Jóvenes, transnacionalismo
y exclusión**

Mauro Cerbino y Luis Barrios, Editores

Otras Naciones: Jóvenes, transnacionalismo y exclusión



FLACSO



Ministerio
de Cultura

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2-) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador

Avenida Colón y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 2903 763

www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-153-5

Cuidado de la edición: María Eugenia Paz y Miño

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Fotografía de portada: Stencil elaborado

por los estudiantes de Tecnología de la Imagen

del CETOJ

Imprenta: Crearimagen

Quito, Ecuador, 2008

1ª. edición: abril, 2008

Índice

Presentación	7
Prólogo	11
<i>Saskia Sassen</i>	
Introducción	15
<i>Luis Barrios y Mauro Cerbino</i>	
PRIMERA PARTE:	
DE ESTADOS UNIDOS A ECUADOR	
Y DE ECUADOR A ESPAÑA	
La globalización de los Latin Kings:	
criminología cultural y la banda transnacional	27
<i>David C. Brotherton</i>	
La nación imaginada de los Latin Kings,	
mimetismo, colonialidad y transnacionalismo	41
<i>Mauro Cerbino y Ana Rodríguez</i>	
Reinas y reyes latinos en Madrid:	
el principio de los principios	75
<i>Bárbara Scandroglio y Jorge S. López Martínez</i>	

SEGUNDA PARTE: MODELOS DE INTERVENCIÓN,
COMPRENSIÓN Y ACOMPAÑAMIENTO

Jóvenes latinos en Barcelona: la construcción social de las bandas	95
<i>Noemí Canelles</i>	
Etnografía de un mundo clandestino. Vida y política de la calle entre los jóvenes latinos en Italia	113
<i>Luca Queirolo Palmas</i>	
En mi barrio hay vida: VIH/SIDA, graffiti y poder juvenil en Santo Domingo	133
<i>E. Antonio de Moya, Luis Barrios, Lino Castro, Víctor Peña, Luis Alberto Jiménez</i>	
Los hijos e hijas de Mamá Tingó: Culturas juveniles y violencia, en un proyecto llamado Palenque	165
<i>Luis Barrios</i>	
La nación en símbolos e imágenes	199
<i>María Rosa Jijón</i>	
Bibliografía general	233
Los autores	249

En mi barrio hay vida: VIH/SIDA, graffiti y poder juvenil en Santo Domingo

E. Antonio de Moya, Luis Barrios, Lino Castro,
Víctor Peña, Luis Alberto Jiménez

Este texto presenta los hallazgos preliminares de un proyecto de investigación-acción participativa realizado con líderes y miembros de “naciones” o pandillas juveniles (12-24 años de edad) de clase popular, en dos barrios marginados de Santo Domingo, República Dominicana (RD), entre 2004 y 2006. El trabajo ha sido continuado hasta hoy con el esfuerzo denodado de esos/as jóvenes, por lo que puede considerarse una práctica óptima en la intervención con las culturas juveniles. Para entender mejor este reporte, es necesario señalar que los “tres pecados capitales” de la sociedad dominicana son: ser pobre, ser joven, y ser negro (en ese orden). En el discurso de la clase dominante, estas tres características convierten automáticamente al dominicano, principalmente al varón, en un “tíguere”¹, “malviviente”, “infeliz” o “lumpen”; en otras palabras, un ser al que se le mantiene excluido y se le niega el derecho a la vida. Sobre las durezas de la vida de estas personas trata el presente artículo.

Durante veinticuatro meses, entre agosto de 2004 y agosto de 2006, el Consejo Presidencial del SIDA (COPRESIDA) auspició técnica y financieramente una estrategia experimental de campo en torno a la acción preventiva del VIH/SIDA, que utilizó como herramienta principal para la promoción de la participación, la movilización y el cambio social, técnicas

¹ El ser un “tíguere” es un estilo de vida y una actitud que combina los rasgos extremos de la masculinidad, de acuerdo a la cultura de la calle: ambiguo, astuto, valiente, inteligente, sinuoso y convincente (Krohn-Hansen 1996).

de concienciación y comunicación comunitaria alternativa, basadas en la elaboración de mensajes educativos realizados como proyectos de artes populares –principalmente graffiti, música y teatro– (Conquergood 1997).

Miembros de ambos sexos de veinte naciones de la cultura de la calle fueron adiestrados por estudiantes de medicina en los barrios marginados de Guachupita y Cristo Rey, para lanzar una estrategia culturalmente apropiada con los y las jóvenes. Esta estrategia estaba basada en la elaboración, por ellos mismos, de graffitis que promovían la conciencia de riesgos y el uso del condón en jóvenes y sus familiares, en las comunidades intervenidas. Los mensajes y las ilustraciones fueron decididos, validados y realizados por ellos, con el concurso de los investigadores. COPRESIDA financiaba sólo el transporte, el costo de la pintura y demás materiales, y un pequeño estipendio para los artistas. Todos estos grupos se han acercado para aprender unos de otros, sobre la base del principio de reciprocidad (Gouldner 1960).

El trabajo propone cinco temas centrales de investigación: 1) que la beligerancia territorial y la orientación hacia la muerte en la cultura juvenil existen como formas de construir la masculinidad opresora prescrita por la propia cultura tradicional; 2) que la empatía y el respeto a la cultura juvenil produce respuestas que tienden a sobrepasar las expectativas más optimistas; 3) que los y las líderes de las naciones son los jóvenes con más talento y don de mando en sus comunidades; 4) que el VIH/SIDA y cualquier otra amenaza a la población son puntos de aglutinación de un cambio radical de actitudes; y 5) que los discursos sobre políticas públicas de generación de empleos no son más que subterfugios para no hacer nada por cambiar la situación.

El capítulo está ordenado en cinco secciones principales. En primer lugar, analizaremos la literatura sobre el potencial de las nuevas culturas juveniles de clase popular como agentes de cambio social. Trataremos de contestar a la pregunta: ¿qué nos dice al respecto la literatura sobre estas culturas juveniles? En segundo lugar, describiremos cómo están organizados estos grupos juveniles, particularmente trataremos de la “Red de Jóvenes Unidos” que ha logrado aglutinar, en Guachupita, uno de los barrios intervenidos, a la mayoría de los integrantes de quince naciones, en un esfuerzo de “construcción convergente con superación” (Samaja

1985) para organizar a la juventud y reducir la amenaza de la epidemia de VIH/SIDA. En tercer lugar, discutiremos el conocimiento sobre la realidad socio-económica de los jóvenes que integran estas “organizaciones de la calle” (Kontos, Brotherton y Barrios 2003). En cuarto lugar, exploraremos la experiencia de uso de las artes populares –principalmente el graffiti educativo-preventivo– en estas culturas juveniles, como herramienta de legitimación, empoderamiento y territorialización juvenil en sus comunidades. Por último, intentaremos extraer algunas lecciones aprendidas en el período, que pueden ser útiles para una política pública de promoción de la juventud marginada.

¿Qué dice la literatura sobre estas culturas juveniles?

De acuerdo con David Brotherton y Luis Barrios (2004), una organización de la calle es un grupo formado en gran parte por jóvenes de una clase social marginada, que intenta dar una “identidad de resistencia” a sus miembros; identidad les permite adquirir poder personal y social, desarrollar una voz que alivie las precariedades de la pobreza extrema, y tener un referente y un refugio espiritual. La definición parte del trabajo de investigación-acción realizado por estos dos autores a finales de la década de 1990 en la ciudad de Nueva York. Durante este periodo, la Todopoderosa Nación de Reyes y Reinas Latinos (The Almighty Latin Kings and Queens Nation) tendió a evolucionar del concepto más tradicional de “pandilla juvenil” o *gang* (banda) a una organización de la calle con una agenda política reivindicativa y una membresía transnacional en varios países de América y Europa.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que el concepto de culturas juveniles, independientemente de cómo se denominen sus organizaciones, es sumamente heterogéneo y tiene una gran multiplicidad de formas de expresión, por lo que es importante estudiar cada caso en su contexto y tratar de evitar las generalizaciones gratuitas, usualmente estigmatizadas y tendientes a demonizarlas.

Mauro Cerbino (2006), por su parte, también resta importancia a cómo se denomine externamente al tipo de grupo, en la medida en que

la definición se aleje de los prejuicios y estereotipos tradicionales, de la tentación de criminalizar toda cultura juvenil que busque subvertir el statu quo, y de considerarla como necesariamente delictiva, criminal y/o violenta. La pandilla –nos dice– es una “comunidad emocional” que ampara, apoya y da protección, al mismo tiempo que brinda a sus miembros la posibilidad de dar un sentido a la vida; características que muchas veces están ausentes en el hogar familiar, sobre todo porque allí “el sujeto juvenil no adquiere un sentido de persona”.

Aunque estas últimas afirmaciones necesitan ser avaladas por evidencia empírica, como para separar lo empírico de lo ideológico, lo real de lo imaginario –¿existe una definición única del “sentido de persona” o es ésta específica a cada clase social? –, es importante destacar que en sí, este discurso es diferente al de la industria periodística, cuando se refiere a estos grupos. Los medios de comunicación social globalizados han construido una atmósfera de inseguridad y pánico mundial que busca reclutar consenso para condenar y “mantener a raya” las manifestaciones de las culturas juveniles de clase popular y media, lo que por lo general responde a la ideología dominante y al miedo a perder poder de la clase gobernante adulta.

Brotherton y Barrios (2004) analizan la evolución histórica del término pandilla, principalmente en la ciencia social norteamericana. Este concepto fue utilizado desde principios del siglo XX para describir a grupos de jóvenes y adultos en competencia, desplazados por la revolución industrial. En la década de 1950 se comienza a “psiquiatrizarse” a las pandillas, como formas de “desviación” o patología social y personal. Ya para los años de 1970 los mecanismos de represión del Estado comienzan a involucrarse más en asuntos criminales y raciales, y las pandillas son generalmente descritas como organizaciones delictivas, criminales y/o violentas. A partir de los ochenta hasta la actualidad, el discurso de las pandillas está saturado con términos de justicia criminal².

Hagedorn (2007) ha sugerido diferenciar la “criminología tradicional” de la “criminología cultural” o no-tradicional. La primera caracteriza a las pandillas como agrupaciones de jóvenes que se desvían temporalmente (o

2 En Honduras, por ejemplo, el homicidio conlleva una condena de veinte años, pero si se es descubierto con un tatuaje, conlleva treinta años de prisión. El Congreso hondureño rechazó, en 2007, una petición de las Naciones Unidas de revisar esta legislación.

definitivamente) del camino de la “modernización”. Supuestamente, en esta visión, las pandillas son un subproducto originalmente estadounidense, fruto de la industrialización y la urbanización, y en consecuencia, son el resultado de la desorganización social juvenil y no de las tensiones raciales o étnicas. La segunda, en cambio, sostiene que aunque la mayoría de las pandillas está compuesta por grupos de jóvenes de corta edad, muchas han logrado la integración, la institucionalización o la incorporación jurídica al desarrollo humano y social en los ghettos, barrios y favelas donde existen. Por tanto, encontramos pandillas en todas partes del mundo, asociadas de manera creciente a las presiones migratorias de las ciudades expuestas a la globalización. Las pandillas son “actores sociales” y sus identidades se forman desde la opresión (étnica, racial y/o religiosa), a través de la participación en la economía informal o subterránea y de la difícil y tortuosa construcción de la identidad de género para los adolescentes de uno y otro sexo.

El fenómeno de las pandillas puede ser evaluado e intervenido dentro del modelo de la criminología cultural. Estamos interesados en analizar cómo se concretiza la “criminalización de la cultura” (Ferrell y Sanders 1995) y en las numerosas formas de resistir y transgredir las normas, mitos y ficciones del orden social dominante. La criminología cultural, entonces, debe siempre confrontar, ser provocadora e irreverente frente a la construcción de una cultura de la intolerancia (Ferrell et al. 2004), llamada ahora “Tolerancia Cero”.

Dentro del enfoque de la criminología tradicional, en el cual se inscriben las directrices represivas (y “antiterroristas”) de agencias como el FBI e INTERPOL, se celebró un encuentro en El Salvador, para discutir el tema de las pandillas, en diciembre de 2007. Allí participaron, entre otros, representantes de la RD. En el contexto de la discusión del tema de las “maras”³ centroamericanas –a menudo llamadas “guerrillas místicas”– se incluyó a las pandillas dominicanas como un ejemplo del “estado embrionario” del fenómeno. (Hoyinternet.com 2007). En la apertura, el presidente salvadoreño, Elías Antonio Saca destacó retóricamente que la acción de las maras

³ Por “marabunta”, voraz hormiga gigante que en colonias de millones de individuos arrasan con el ambiente con gran estruendo.

requiere coordinar un esfuerzo integral (y regional) en la prevención y el combate “frontal” al crimen, así como en la modernización del marco legal. Los efectos que tienen las políticas neoliberales al generar y reproducir opresión, desigualdad, exclusión y violencia, por supuesto, no fueron tocados. Tampoco tuvo cabida en este cónclave, la perspectiva crítica del fenómeno de las pandillas (Barrios 2007; Barrios, Brotherton, Esparza 2006; Brotherton 2007; Brotherton, Barrios 2004; Canelle 2006; Cerbino 2006; De Moya, Castro, Peña 2005; Feixa 1999; Feixa, Porzio, Recio 2006; Ferrel 1997; Hagedorn 2007; Palmas, Torre 2005; Young 1999).

Gustavo Olivo (2007), un comunicador del periódico dominicano *Clave Digital*, reproduce uno de tantos “cuentos de camino” ingenuos, sensacionalistas, fundamentalistas y moralizadores: el de un ficticio ex pandillero (“Moisés”), a quien Cristo rescató de las “aguas turbulentas de las pandillas”. Moisés confiesa que participaba de pleitos territoriales en su barrio, ingería alcohol “adulterado”, mientras otros miembros –“los malos”– robaban y “hasta mataban”. “A los 21 años comencé a cambiar, a buscar a Dios”. El periodista aglutina, como lugar común y medias verdades, la mitología social que incluye juventud, pandillas y consumo de drogas y alcohol, con la falta de oportunidades de trabajo y de desarrollo personal, y la carencia de una formación hogareña. La vida de Moisés, perdida entre pandillas, drogas, alcohol y violencia, clamaba redención. Para él, todas las pandillas son igualmente malas. Es con este tipo de “periodismo” fantasioso, engañoso e irresponsable que se construyen los mitos y las leyendas urbanas “ejemplarizantes”.

En otro artículo periodístico del mismo tenor, Grullón (2006) reporta sobre pandillas, violencia y drogas en Santiago, la segunda ciudad en importancia en la RD. Atribuye muchas de las muertes violentas en esta ciudad a “problemas de drogas y bandas”, en sectores de la población que temen el resurgir de las acciones delictivas. Para este periodista la solución está en la aplicación del programa gubernamental “Barrios Seguros”, basado en el incremento de la vigilancia, el patrullaje y la presencia de una policía adiestrada para avasallar a los miembros de su propia clase social –a quienes cree que puede identificar automáticamente.

Bobeo y Polanco (2007) realizaron un estudio en diez barrios pobres de Santo Domingo y Santiago, en el que se inquirió acerca de la percepción

y expectativas respecto a la seguridad ciudadana. La investigación mostró, como profecía que se cumple, que existe un “sentimiento generalizado de inseguridad” que se atribuye a la delincuencia callejera asociada a las pandillas, a los enfrentamientos armados entre grupos, al tráfico de drogas, y a la incapacidad e inconstancia de la policía para enfrentar estos desafíos.

Por otro lado, las Memorias del Seminario sobre Pandillas Juveniles y Gobernabilidad Democrática en América Latina y el Caribe, celebrado en Madrid en abril de 2007, tienden a ser algo más ecuanímes y esperanzadoras. Fueron publicadas bajo la coordinación de Solís-Rivera (2007) y ofrecen las siguientes conclusiones:

- Se vive un momento de ruptura con respecto al enfoque tradicional de políticas públicas en materia de combate a las pandillas juveniles violentas. La cooperación internacional debe enfatizar las propuestas de naturaleza preventiva.
- Debe hacerse un esfuerzo especial para incorporar las mejores prácticas locales en la discusión sobre cooperación horizontal.
- Los formadores de opinión deben incorporarse de manera mucho más activa a los procesos de elaboración de “políticas de Estado” en la materia de pandillas y crimen organizado. Debe procurarse la presencia de jóvenes en la definición de tales políticas.
- Se requiere un diálogo mucho más intenso y permanente entre las entidades donantes.
- Pese a que ha aumentado mucho la producción de trabajos académicos en estos temas, todavía hace falta generar nuevos conocimientos. Hay espacio para mucho más trabajo de base; para buscar y utilizar “datos duros”; para hacer más esfuerzos de recolección de información de campo.
- Hay que potenciar el papel de las escuelas en el trabajo preventivo. La alta deserción en el nivel secundario hace que el rol de la escuela primaria sea crucial en la lucha contra la violencia juvenil.

- Se debe promover espacios para el encuentro institucional al interior de los países y entre las instituciones nacionales y las de la cooperación internacional.
- Las políticas de empleo son esenciales, especialmente en lo que toca a las estrategias de reinserción de los jóvenes infractores en la sociedad.
- Los medios de comunicación deben ser sensibilizados e incorporados a todos los esfuerzos por construir agendas en temas relativos a jóvenes e inseguridad.
- Hay que poner atención especial a los “núcleos metropolitanos” donde la situación es muy crítica y se expresa de manera especialmente violenta.
- Se debe recuperar los “espacios urbanos” donde la incidencia de violencia juvenil es aún mayor.
- No se debe pasar por alto los vínculos entre corrupción, impunidad, descrédito ciudadano y pandillas juveniles.
- Hay que explorar con mayor detalle el vínculo existente entre la violencia juvenil y las armas pequeñas y livianas.
- Se requiere focalizar más en los jóvenes y menos en la seguridad como política de Estado.
- Es fundamental efectuar una evaluación sistemática y comparada de las políticas implementadas en los diversos países y subregiones.

Algunas críticas y adiciones importantes deben hacerse a estas conclusiones. Cuando se habla de pandillas juveniles no se podrá soslayar la afirmación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), de que “52 millones de niños/as son pobres en América Latina, y unos 30

millones padecen hambre, pese a que la región produce tres veces los alimentos que necesita.” (Alianza Por Tus Derechos 2007).

González Hernández (2003), por su parte, nos dice que:

América Latina, incluido el Caribe, se encuentra llena de infantes que pueblan sus avenidas. Ellos/as son conocidos/as como los/as niños/as de la calle y se calcula que ascienden a 40 millones. Los hay que tienen donde vivir, pero dejan de asistir a las escuelas para ayudar a las familias; por lo general son habitantes de casas de cartón y metal en las villas miseria, y carentes de las más elementales instalaciones higiénicas.

De la misma manera, las Memorias del encuentro podrían tener más peso específico si hubiesen incluido lo que reportó el Consejo de Iglesias Evangélicas Metodistas de América Latina y el Caribe, en su Plan de Trabajo del Programa 2006-2008. Veamos:

En América Latina y el Caribe más de 17 millones de niños menores de 14 años trabajan, según el informe publicado por la Organización Internacional del Trabajo (OIT). El 70% de los/as niños/as latinoamericanos/as que trabajan lo hacen en la agricultura... La OIT también señala que el trabajo infantil es un problema potencialmente creciente en los países más pobres de la región.

O tal vez, este informe pudo haber puesto mayor énfasis en la identificación, creación y/o discusión de espacios sociales fuera de la interpretación individual, tal como sugiere Scott (1990):

Si pretendemos entender el proceso a través del cual se desarrolla y codifica la resistencia, el análisis de la creación de estos espacios sociales alternos pasa a ser una tarea vital. Sólo especificando cómo estos espacios sociales son creados y defendidos es posible poder movernos del individuo como sujeto que resiste –una abstracción física– a la socialización de las prácticas y discursos de resistencia.

El fenómeno del significado del espacio en las ciudades impactadas por la globalización y por las políticas del mercado neoliberal, y cómo éstas han

contribuido a la marginalización, de la juventud sobre todo, debe ser incluido en este tipo de análisis crítico (Sassen 2007), que debe tomar en consideración también otras dos realidades fundamentales: poder ver a las culturas juveniles como movimientos sociales (Brotherton 2007; Brotherton y Barrios 2004), e identificar la realidad de la espiritualidad como fuente de su resistencia (Barrios 2003, 2007; Barrios, Brotherton, Esparza 2006).

¿Quiénes componen la Red de Jóvenes Unidos?

De acuerdo con la antropóloga Tahira Vargas (2006), en la RD nos encontramos con bandas juveniles tanto en los sectores populares como en los estratos medios. No podemos por eso asociar las bandas juveniles ni la delincuencia juvenil únicamente a los sectores más pobres, atribuyendo relaciones causales entre marginalidad y delincuencia que no necesariamente existen. La delincuencia y las bandas juveniles también están presentes en los sectores de medianos y altos ingresos, y tienen mucho que ver con la construcción de la masculinidad.

Entre los grupos participantes en nuestro estudio podemos nombrar, en la comunidad de Guachupita: Los Latin Kings, Los Forty-Two, Los Forty-Five, Los Vatos Locos, Amor Dorado, Amor y Paz, Los Cilindros, Los Federales, Los Intocables, Los Pelles, Los Ñuñis, Los Elisma, Los Anárkikos, Los Comejoyete y Los Menores del Flow. En Cristo Rey tenemos a: Los Latin Kings, Amor y Paz, Amor Dorado, Los Sangre (Blood) y Los Ñetas. Algunas de estas organizaciones tienen ramificaciones transnacionales (Nueva York, Puerto Rico, España e Italia) y otras son meramente locales.

Estas naciones, contrario al mito de “siempre estar peleando y matándose”, han desarrollado una titánica capacidad de trabajar de manera solidaria por sus comunidades, en medio de la pobreza. Y más importante, cambiaron su mensaje y práctica de “matar o morir” por su reducido territorio barrial –sustitutivo de su interiorización de “nación” o lugar de origen–, por el de aprender a vivir en paz a favor del desarrollo económico y sociocultural de sus comunidades. Para la clase dominante esta es una acción subversiva, difícil de tolerar y peligrosa en términos políticos, por

el potencial del efecto de demostración de empoderamiento y autodesarrollo que jóvenes de otras comunidades marginadas podrían imitar. ¿Por qué? Porque destruye el mito de que la razón de ser de estos grupos es la violencia y el cometer crímenes.

¿Cuántos otros ejemplos de “jóvenes pandilleros/as” existen que hayan asumido la prevención del VIH/SIDA como reivindicación de un derecho, y hayan tomado la responsabilidad social de protegerse y concienciar a su comunidad de la necesidad de ser solidarios con las personas que viven con la infección y sus familias, reduciendo el estigma y la discriminación asociados a esta enfermedad? Durante todo el proceso de la intervención, palpamos la seriedad y la solidez de un compromiso comunitario sostenible en estos jóvenes por proteger sus comunidades, el cual ha adquirido vida propia y sigue hoy en pie, a pesar de no contar más con recursos del Estado.

Más allá de lo que la clase dominante pueda decir en el proceso de llamarles “grupos de la calle en conflicto con la ley” o de la manera tan irresponsable en que la industria periodística los sataniza o criminaliza, hay realidades que no han sido analizadas ni explicadas seriamente. No pretendemos que estos jóvenes se comporten como ángeles domesticados, ni que abandonen su cultura juvenil de clase social—incluyendo a la nación como forma de organización—, ni que adopten un punto de vista adulto-céntrico, legalista y condicionalmente conciliador, haciéndose más “potables” al sistema social. En lugar de obligarlos a “renunciar formalmente al uso de la violencia juvenil” entre sus propios grupos, o a jurar que van a abstenerse de transgredir la ley, buscamos que, en sus propios términos, desarrollen una conciencia sobre la importancia del bien común para ellos mismos y sus familias. Tratamos de enfatizar que la mayoría son, precisamente por sus acciones solidarias comprobadas y consistentes, los y las jóvenes con más talento y don de mando en sus comunidades, y los llamados a ocupar posiciones de liderazgo en múltiples aspectos de la vida de éstas.

A mediados de 2006 los mismos integrantes de las naciones, adiestrados como entrevistadores por técnicos de COPRESIDA, realizaron un estudio etnográfico de sus grupos. Ellos y ellas mismos ayudaron a construir, depurar y validar las guías de preguntas, y efectuaron las entrevistas, con supervisión profesional de los investigadores. Los datos preliminares

están siendo analizados por investigadores sociales contratados por ONU-SIDA y sugieren un alto grado de profesionalidad en la conducción de las entrevistas, a pesar de su inexperiencia. Además, revelan niveles sorprendentemente altos de autoestima y aspiraciones, en una muestra de más de trescientos miembros de estas organizaciones, en ambos barrios. (Marija Miric, comunicación personal).

En el proceso de criminalización la ley es aplicada selectivamente a la conducta social punible. Sólo se denomina “delincuentes” o “criminales” a algunas personas, y únicamente algunas personas son privadas de su libertad. De aquí que, más allá de conductas desviadas o patológicas o de explicaciones genéticas, el crimen, la criminalización y la legislación penal deben ser vistos y entendidos en el contexto de las desigualdades sociales, económicas, culturales, sexuales y políticas, y deben entenderse en el contexto socio-histórico, que tiene la capacidad de explicar críticamente los factores que llevan a la delincuencia. De aquí la necesidad de poner atención a las causas de la conformidad o de la inconformidad de los seres humanos en la sociedad. Por tanto, es necesario entender que la delincuencia también debe ser explicada en una sociedad, a través de las causas de la inconformidad. Y no es menos importante entender la criminología cultural, en donde se examina, se explora o se analiza, como en nuestro caso, por medio del uso de métodos etnográficos, la relación política que existe entre la construcción del significado del crimen y el proceso de criminalización de personas o grupos. Así se explica por qué las “pandillas” de la gente que tiene impunidad en el gobierno no va a la cárcel —los funcionarios estatales y los banqueros corruptos, por ejemplo. Es por esto que cuando un gobierno irresponsable trata de explicar la supuesta disminución en las estadísticas del crimen con medidas represivas (¡más policías, más cárceles, sentencias más severas!), todo se convierte en demagogia y teatro, pues se trata de ignorar o invisibilizar una realidad que nos demuestra que sí existe una responsabilidad ciudadana en la cual diferentes grupos, como por ejemplo las naciones, están tomando la obligación de cuidar sus comunidades, aunque se nos quiera hacer creer que ello es una acción criminal hecha por criminales.

¿Por qué los gobiernos se embarcan sólo en combatir la delincuencia y el crimen de la calle? ¿Por qué se empeñan en tratar de convencernos de que

la única posibilidad de disminuir o combatir el crimen es teniendo más policías tipo Miami Vice, vigilando (y castigando) las comunidades y exhibiendo sus flamantes, aparatosas, costosas e inútiles motocicletas Harley-Davidson, en medio de las cañadas pestilentes y el laberinto de callejones sin salida de nuestros barrios marginados? ¿Por qué los gobiernos se empeñan en decirnos que la única manera de garantizar una protección es haciendo redadas discriminatorias por clase social, edad y color de la piel, y privando a los ciudadanos y ciudadanas de sus derechos civiles?

En la búsqueda de respuestas a estas preguntas es importante considerar que la policía tiende a ser un cuerpo represivo para defender los intereses de la clase dominante y gobernante, más que un organismo de “protección ciudadana”, lo cual es una falacia, porque la verdadera intención es la del control social y clasista. La policía es entrenada sólo para “combatir” el crimen de la calle, obviando y encubriendo intencionalmente el crimen estructural, el crimen de Estado, y el crimen corporativo que comete la clase dominante.

Penoso también es que quienes producen e implementan las leyes, fabrican arbitrariamente impunidad para que los miembros de “sus pandillas” no puedan ser procesados ni encarcelados —quien hace la ley hace la trampa. Por ello resulta interesante comprender el proceso de criminalización de los grupos de la calle, que intenta ocultar que muchos de estos grupos son el resultado de las políticas desiguales del neoliberalismo, de procesos transnacionales, de economías capitalistas corporativas y de medidas de control social, realidad que ha sido agudamente expresada por Young (1999), cuando nos dice:

Así, quienes están en la derecha, con frecuencia intentan sugerir que los niveles del delito no tienen relación con cambios en los procesos del trabajo y la ociosidad, pero están arraigados en las áreas supuestamente autónomas de la crianza del niño, el uso de drogas, o un mundo exento de valores morales. Mientras que, quienes están en la izquierda, repetidamente intentan sugerir que los cambios del encarcelamiento y los modelos de control social son decisiones políticas o directivas que no están relacionados al problema del delito.

Cabe además entender mejor cómo se reproduce e incrementa la pobreza en los y las jóvenes, y cómo se les obliga a recurrir a la violencia y a la delincuencia como medio de supervivencia.

En términos laborales, en los últimos años ha surgido la noción de “trayectorias” para describir el tránsito desde la niñez a la adultez; desde una situación de dependencia a una situación de emancipación o autonomía social (Redondo 2000). Casal (2002) propone varios tipos de trayectorias en los cuales los jóvenes pueden verse involucrados, dependiendo de su extracción social. Dos de ellas se refieren directamente a la clase media: 1) las “trayectorias en éxito precoz”, donde los jóvenes pueden tener expectativas altas de terminar una carrera profesional universitaria; y 2) las “trayectorias de aproximación sucesiva”, donde hay expectativas altas de mejora social, aunque las opciones son confusas. Otras tres se refieren a las clases populares: 1) las “trayectorias obreras”, donde los jóvenes se orientan hacia la “cultura del trabajo” manual, poco cualificado y mal remunerado; 2) las “trayectorias de precariedad”, en las cuales predominan las situaciones intermitentes de desempleo, rotación laboral fuerte y subocupación; y 3) las “trayectorias en desestructuración”, donde coexisten situaciones de desempleo crónico y entradas circunstanciales en el mercado de trabajo secundario, o alternativamente, la economía marginal o informal.

Las trayectorias obreras, que se presentan como las más promisorias y “decentes” –en la nueva terminología de agencias como la Organización Internacional del Trabajo (OIT)– para estos jóvenes, suponen que los años adolescentes sean atravesados por ellos en calidad de “aprendices” de un oficio, sin paga formal, preparándose para ocupar un puesto en el mercado de trabajo cuando se alcance la adultez biológica, o cuando se cumpla la mayoría de edad (De Moya 1989). Al terminar este ciclo, los jóvenes usualmente dominan dos o tres oficios, entre los que se encuentran, para el caso de los varones, los de pintor y desabollador, técnico en electricidad, refrigeración, mecánico automotriz, entre otros; y en el caso de las mujeres: peluquera, costurera, cocinera, niñera o lavandera. Pero, al llegar a los 18 años, descubren con amargura que esa trayectoria era un callejón sin salida, ya que no hay puestos vacantes para desempeñar lo que han aprendido y para lo que se han preparado, pues esos puestos están siendo ocupados por nuevos adolescentes de 14 a 18 años de edad, que

están aprendiendo los mismos oficios y que tampoco encontrarán empleo cuando estén verdaderamente listos para ocuparlos (De Moya 2005). Es una manera perversa de promover la explotación del trabajo adolescente “simbólico” –no remunerado– combatiendo al “trabajo infantil” remunerado, mientras se reducen las oportunidades laborales de los y las jóvenes de 18 a 24 años.

Importantes también, en toda esta discusión, son los conceptos de las culturas de la casa y de la calle. En la ideología popular, el espacio de la calle es una contradicción directa del de la casa. Las calles son gobernadas por el “otro,” “el hombre” (Cruz-Malavé 1996). Este espacio define las fronteras de aquellas instituciones, prácticas y situaciones que no están sancionadas oficialmente, tales como la economía informal, las relaciones extramaritales, la industria del sexo, las religiones populares semiclandestinas (santería, espiritismo, vudú), y el “tigueraje”, término que se deriva de la noción de ser un “tiguere”, fenómeno social que funde la identidad con la apariencia, desde el punto de vista de la elite de poder. Esta perspectiva se asocia predominantemente con los valores y normas transgresivos de la clase popular. La familia, la fidelidad sexual, la seriedad, y el respeto a las instituciones y valores de la clase dominante, no son prominentes en el espacio de la calle. Al contrario, son subvertidos de manera consistente, y el hombre se toma un descanso de los lazos que lo unen a la sobriedad del hogar, a través de su participación en actividades de la calle (De Moya et al. 1998).

¿Cuál es la realidad socio-económica de donde surgen estas culturas juveniles?

De acuerdo con el psicólogo social español Martín-Baró (1983:376):

Si se puede hablar con propiedad de una “violencia institucionalizada” en América Latina, es porque existe un tipo de violencia contra la población mayoritaria que está incorporada al ordenamiento social, que es mantenida por las instituciones sociales y que se encuentra justificada y aun legalizada en el ordenamiento normativo de los regímenes imperantes.

Los barrios marginados de Santo Domingo y otras ciudades dominicanas relativamente importantes, presentan una funesta realidad: jóvenes ociosos deambulando en las esquinas; adultos desocupados jugando al dominó; niños fuera de las escuelas descalzos y “chiripeando”⁴ en la calle; pocos ruidos de televisores o de aparatos de radio pues no hay electricidad; acumulación de basura en las esquinas porque el gobierno no la recoge; escuelas destrozadas; hacinamiento poblacional, entre otras.

Por desgracia, dentro de tal desesperanzadora realidad, la venta de drogas y armas, y el trabajo sexual, pasan a ser alternativas de trabajo relevantes aunque estigmatizadas y relativamente clandestinas. Este panorama ha sido una de las variables que precipitan el éxodo de hombres y mujeres dominicanos que ven en la emigración una válvula de escape para cumplir sus sueños (Torres-Saillant y Hernández 1998).

Young (1999) sostiene que la tendencia de países capitalistas avanzados, especialmente Gran Bretaña y Estados Unidos es, por un lado, incluir culturalmente y, por el otro, excluir socialmente a sectores grandes de la población: las “minorías”. Este proceso contradictorio, nos dice, es ocasionado por varias dinámicas que se entrelazan:

- los vaivenes de la economía política global con su reestructuración del trabajo, redistribución de la riqueza y aumento en las divisiones de clase;
- el universalismo de la cultura de consumo y su promoción de deseo, acomodamiento, individualismo y libertad;
- el alcance global de la revolución tecnológica;
- la evolución global de la industria de control social (coercitiva) con sus *gulags*, leyes, sistemas de vigilancia y coacciones de las libertades civiles y democráticas; y
- la naturaleza fluida y absorbente de todas las fronteras físicas, sociales y culturales.

Existe una correlación entre crisis económica y violación de derechos humanos, donde la RD no es la excepción. De aquí que Amnistía

4 Haciendo tareas productivas de poca monta en la economía informal.

Internacional, en febrero de 2004, elaborara un informe de alerta para el gobierno dominicano, concerniente a la brutalidad y corrupción de la policía y los militares en los barrios pobres. En 2007 el informe de esta organización reitera su denuncia, develando la naturaleza estructural del problema.

De manera similar, Andrea Vermehren, experta principal en protección social del Banco Mundial (2005) nos dice:

(A partir del colapso bancario de 2003) grandes cantidades de jóvenes (...) quedaron más expuestos a participar en acciones delictivas y violentas. El desempleo juvenil ascendió a cerca del 35% (...) Muchos abandonan la escuela a los 12 ó 13 años debido a la necesidad de ganar dinero para sus familias, pero la mayoría están desocupados y sólo deambulan por ahí realizando trabajos esporádicos hasta la mitad de los veinte.

Asimismo, en opinión del economista J. Tous Ortega (2004), ex director de la Oficina Nacional de Planificación (ONAPLAN):

Los dominicanos somos hoy mucho más pobres que hace seis meses...
Los ricos, son menos ricos; la clase media se hunde cada vez más en la pobreza y ve reducido su nivel de consumo y, los pobres y muy pobres, sólo tienen ante sí un panorama de hambre, desesperanza y sufrimientos mayores.

Graffitis de amor, responsabilidad ciudadana, y prevención del VIH/SIDA

*No se supo de qué barrio
pero cuando todo estaba oscuro
ella llegó bajo la luz del alba.
Y con su creyón de labios
dibujó señales en los muros,
quiso pintar lo que sintió su alma.*

(Estrofa de la canción "Graffiti de Amor",
del cantautor cubano Carlos Varela).

Como señalamos anteriormente, a partir del mes de agosto de 2004, COPRESIDA empieza a considerar a adolescentes y jóvenes de la clase popular de dos barrios marginados de Santo Domingo, integrantes de organizaciones de la calle, como grupos piloto, priorizados para la acción preventiva del VIH/SIDA y la violencia. Esta decisión estuvo basada en las condiciones de riesgo y vulnerabilidad en que ellos y ellas parecían encontrarse, por la falta de educación en la sexualidad, la cual está asociada con las dificultades propias de las trayectorias de inserción laboral, la pobreza extrema, la violencia estructural, la desprotección familiar y escolar, así como la ausencia de una cultura de uso del condón.

El modelo de promoción participativa de la juventud propone el aprovechamiento de la motivación juvenil de acción preventiva, como un apoyo para iniciar la inducción de la inserción constructiva de adolescentes y jóvenes en el mundo laboral y productivo. Esto se hizo a través de la utilización de principios y técnicas de animación sociocultural para la construcción de ciudadanía a través de una acción pedagógica integral (Fiallo Billini 2005).

Este tipo de enfoque educativo radical busca desencadenar respuestas de vida –proactivas y esperanzadoras– para que los jóvenes emprendan caminos que les permitan desarrollarse como seres libres, y aprendan a aumentar su resiliencia para confrontar la marginalidad, la exclusión y la opresión. El modelo se orienta también hacia lo integral y la transdisciplinariedad, y contrasta con las respuestas represivas, tales como las operaciones Escoba, Mano Dura y Súper Mano Dura, aplicadas infructuosamente en cuatro países de América Central (El Salvador, Honduras, Guatemala y México), y Community Shield Operation en Estados Unidos, que, inspiradas en la política antiterrorista beligerante del presidente norteamericano G. W. Bush, no sólo han fracasado en disminuir la delincuencia y la violencia juvenil, sino que más bien parecen haberlas exacerbado y generalizado, “endureciendo” a estas agrupaciones. En muchos barrios marginados y ghettos de ciudades de América Central esto ha generado una especie de estado de guerra permanente de todos contra todos, de grupos de jóvenes contra otros grupos de jóvenes, y de éstos contra los cuerpos de policía y los ejércitos profesionales. Una situación de inseguridad social omnipresente, una globalización del terror.

En nuestra intervención, grupos crecientes de jóvenes, primero por curiosidad, se reunieron en los locales de COPRESIDA, situados en la moderna Plaza de la Salud de Santo Domingo, creando, al principio, una reacción de pánico en parte del personal de oficina. Allí empezaron a discutir su problemática, plantear sus necesidades y buscar soluciones. En pocas semanas, los jóvenes de los grupos fueron incorporando a sus contrapartes femeninas: novias, amigas, hermanas y primas, muchas de ellas embarazadas. Los grupos han ido aumentando en tamaño, diversidad y profundidad de sus planteamientos y debates, mostrando su creatividad, talento y destrezas. Básicamente, buscan y esperan oportunidades educativas y de inserción sociolaboral. Muchos de ellos deciden reintegrarse a la escuela, tras la acogida que ofrecieron directores solidarios de planteles educativos de sus comunidades.

Algunas de sus expresiones, en la jerga poco reconocida, ilustran el nivel real de su marginación:

- Nunca había salí'o del barrio. Pa' vení' pa' 'cá tuve que mangá'⁵ lo' teni'⁶ de mi hermano.
- Cuando uno 'tá ficha'o'⁷, lo que le queda e' 'ta' en la lle-ca⁸ pa' podé' mantene'se vivo; no le dan trabajo.
- Yo me quité de la lle-ca; me 'toy enfriando'⁹ con la gente del COPRESIDA y ayudando a mi' s'hermanitos.

Los niveles de asistencia alcanzados en los eventos formativos, la camaradería entre miembros de diversas organizaciones y barrios, y la concentración de los grupos en los procesos de aprendizaje han sido óptimos, aparentemente reflejando cada vez más la avidez de estos jóvenes por su participación social constructiva.

Sobre la creación del arte visual del graffiti, Durán Montoya, Hernández Navarro, Marengo Valerio et al. (2000) nos dicen que:

5 Tomar prestados.

6 Zapatos deportivos.

7 Tiene un expediente o ficha delictiva o criminal, en los archivos del sistema judicial.

8 Calle.

9 Pasar más desapercibido.

El graffiti corresponde a una escritura de lo prohibido, género de escritura poseído por condiciones de perversión que precisamente se cualifica entre más logra decir lo indecible en el lugar y ante el sector ciudadano que mantiene tal mensaje como reservado o de prohibida circulación social.

Estos autores hacen referencia a estudios en Colombia realizados por Armando Silva (1992), quien sostiene que, para que una inscripción urbana pueda llamarse graffiti, debe estar acompañada por siete valencias que actúan a manera de correlatos, y que son:

- Marginalidad: Traduce la condición del mensaje de no caber dentro de los circuitos oficiales, por razones ideológicas o simplemente por su manifiesta privacidad.
- Anonimato: Implica la necesidad de reserva en la autoría, por lo cual quien hace graffiti actúa, real y simbólicamente enmascarado.
- Espontaneidad: Alude a una circunstancia psicológica del graffitero, de aprovechar el momento para la elaboración de su obra y, también, al hecho mismo de su escritura que estará marcada por tal espontaneidad.
- Escenicidad: Apunta a la puesta en escena, el lugar elegido, el diseño empleado, los materiales y colores utilizados y las formas logradas con todas las estrategias para lograr impacto, esto se relaciona con lo que podríamos considerar como la teatralización del mensaje dentro de la ciudad.
- Precariedad: Con esto se desea enfocar el bajo costo de los materiales empleados y todas las actividades que rodean el acto del graffiti, de poca inversión y máximo impacto dentro de circunstancias efímeras.
- Velocidad: Atiende al mínimo tiempo de elaboración material del texto, por razones de seguridad de quienes lo elaboran o por la presunción de poca importancia que se otorga a su escritura.

- Fugacidad: Corresponde a su vez a un último grupo, es decir, actúa una vez y posteriormente a realizada la inscripción; se puede considerar como la valencia que asume el control social, pues entre más prohibido sea aquello que se exprese, más rápido tendrá que borrarse el mensaje, sea por la policía, particulares, o la misma ciudadanía que se sienta lesionada o denunciada. Esto se relaciona con la corta vida de cada graffiti, el cual puede desaparecer en segundos, o ser modificado, o recibir una inmediata y contundente respuesta contraria a su inicial enunciado.

No obstante, en nuestra experiencia particular, el anonimato producto del requisito de esconder la autoría, no es una condición necesaria de este tipo de arte visual. Los y las jóvenes de la Red fueron adiestrados para “graffitear” mensajes constructivos concernientes a la prevención del VIH/SIDA, como una necesidad de su comunidad, y con el apoyo de ella. Estos jóvenes no tenían que esconderse cuando pintaban los graffiti, eran invitados por los vecinos a pintar sus muros, e invariablemente los firmaban con sus “nombres de guerra” y símbolos de sus naciones (coronas con tres puntas, por ejemplo), añadiendo el nombre de COPRESIDA, como signo de legitimación. En la Foto 1 aparecen tres de los facili-



Foto 1: De izquierda a derecha: Lino Castro, asesor de la Red y “alma” del proyecto; David Arias y Antonio de Moya, consultores de “micro-emprendimientos” e investigación-acción, respectivamente, de COPRESIDA. (noviembre 2006)

tadores de este proyecto –dos de ellos coautores de este trabajo–, junto a un graffiti que contiene mensajes contra la violencia y contra el SIDA.

En adición, Durán Montoya et al. (2000) establecen una serie de divisiones para poder interpretar algunos de los mensajes que estos jóvenes han creado, poniendo mayor énfasis en los graffitis sexuales, religiosos y políticos. En nuestro caso particular, los jóvenes intervenidos decidieron que era importante hacer nuevos graffitis con mensajes de prevención del VIH/SIDA y de la violencia (doméstica, de género, y territorial), sustituyendo el contenido sombrío y críptico de buena parte de los graffitis elaborados antes de la intervención. Otro hecho importante fue que los activistas de los partidos políticos en la campaña electoral de 2006 tuvieron gran cuidado de no transgredir con su propaganda los espacios ocupados por los graffitis.

En la Foto 2, titulada “Graffiti sobre el efecto del virus en el sistema inmunológico” podemos identificar, paso por paso, la traducción en clave popular de toda una cátedra sobre cómo el VIH infecta y se replica en el organismo de una persona.



Foto 2: Graffiti sobre el efecto del virus en el sistema inmunológico.



Foto 3. Graffiti POR MI BARRIO VIVO. STOP SIDA, STOP VIOLENCIA.

También se puede apreciar la autoría del graffiti (recuadro inferior izquierdo) y para que no le falten detalles, un mensaje que dice “Emilio vive”, como recordatorio del “altar funerario” anterior (graffiti a la izquierda de la foto) de un “hermanito” muerto en un enfrentamiento a tiros entre grupos rivales en la comunidad. Otro ícono del graffiti previo a la intervención decía: “Los menores no mueren, sólo duermen”.

Un graffiti, con un contenido espectacular de resistencia para combatir el ritual del sacrificio de muchas de estas culturas juveniles, se encuentra por todas partes en la comunidad. En los barrios, desde muy temprano los niños varones –como parte de la construcción de la masculinidad– aprenden que es necesario estar dispuestos a morir, ya sea por defender su honor o por identificación y lealtad al pequeño territorio que define a su nación –un edificio, una “madriguera”¹⁰, una esquina, una calle, una cuadra, un puente. Los grupos en los cuales se distribuyen los materiales educativos de prevención discuten las razones por las cuales la vida es importante. De aquí se puede apreciar la manera en que estos jóvenes cambian

10 En sus términos: lugar de reuniones secretas del grupo.



Foto 4. Graffiti EN MI BARRIO HAY VIDA. EL CONDÓN SALVA.

su filosofía de vida; por ejemplo, de expresar: “Por mi barrio mato y muero”, pasan a una afirmación más constructiva: “Por mi barrio vivo”, la cual constituyó la consigna inicial del proyecto, sugerida por los investigadores. De una orientación hacia la muerte se pasa, individual y colectivamente, a una orientación hacia la vida. Ver Foto 3 (“Por mi barrio vivo”).

En la Foto 4, el graffiti muestra la inscripción “En mi barrio hay vida”. Los jóvenes procesaron la sugerencia del mensaje anterior. El que haya vida en el barrio significa que hay alternativas a la delincuencia, a la violencia y a las reacciones de fuga como las fantasías, el alcohol y otras drogas, y la emigración. Este es un asunto muy importante porque la realidad nos dice que la esperanza es robada de las comunidades pobres, marginadas y explotadas. Barrios (2004) establece al respecto que:

Contrario a la desesperanza, el postulado de la esperanza tiene como función principal el forjar en las personas la convicción del optimismo radical (...) En otras palabras, se hace necesario el que podamos aprender cómo identificar y entender la manera como funciona la desesperanza. La

experiencia del revivir y repensar tiene como objetivo el readueñarnos de nuestras vidas, o sea, el devolvernos nuestra humanización.

Ahora estos jóvenes, quienes vivían sumidos en la desesperanza, el derrotismo y el negativismo, comienzan a ver y a construir alternativas que expresan a través de mensajes constructivos.

Pero también la Foto 4 contiene un personaje unificador en esta campaña de prevención: el simpático, sonriente y fornido Supercondón (SC)¹¹, al cual se atribuye poder evitar la infección –“El condón salva”. Aumentar el valor percibido de la acción preventiva era la clave para crear la cultura de uso del condón. Todas las naciones adoptaron al SC, pero cada una lo vistió con sus colores distintivos. En la foto aparece acompañado de “su hijo”, el picaresco Supercondoncito –recordemos que muchos integrantes de estas naciones apenas son púberes, “menorcitos” en su lenguaje. ¡Sólo a ellos/as podía haberseles ocurrido la divertida idea!

Veamos lo que algunos nos dicen respecto a la violencia y al trabajo:

- Eso ya no ‘tá, eso de pisá’le’ la cabeza¹² a la’ mujere’ de uno. Aunque a vece’ ella’ se lo bu’can.
- Nosotros’ lo que queremos e’ trabajá’ o~fri¹³ y soltá’ la lle-ca...

Las culturas juveniles de estos barrios decidieron buscar nuevas formas de expresión que les permitieran insertarse de manera más productiva y constructiva en la cotidianidad comunitaria. La manifestación de adopción del muralismo y el graffiti como arte preventivo contra el VIH/SIDA, la violencia y posteriormente enfermedades como el dengue y la gripe aviar, sigue practicándose en esos barrios, y es de esperar que por mimesis se extienda a otros sectores con condiciones socioeconómicas similares.

11 Este personaje fue creado en 1998 por Los Pandémicos, un grupo de jóvenes del barrio marginado de Herrera, al oeste de Santo Domingo.

12 Golpear.

13 Frío: legal.

- E'tamo' pintando pa' 'tar o-fri con la policía y pa' cuidá' al barrio del mon'truo¹⁴.

- La' máquina' no corren sin goma¹⁵; ahora usamo' lo que no usó el Mayi Jonson¹⁶.

La creatividad de los grupos ha estado limitada sólo por su imaginación. Algunos de ellos, en el interés de mejorar su imagen y armonizar la interacción con sectores con los cuales, real o potencialmente, hayan estado o puedan estar en conflicto, se han unido y lanzado operativos de saneamiento ambiental, para limpiar solares baldíos, cañadas, vertederos de basura, calles y callejones. Asimismo, como alternativa al tedio y la desesperanza, han organizado encuentros deportivos y actividades de recreación, principalmente juegos de básquet y concursos de rap y hip hop, entre naciones que mantienen relaciones armoniosas (“primicias”, para ellos) y de colaboración entre sí¹⁷. Estas y otras actividades, regularmente, han sido apoyadas por jóvenes hombres y mujeres y por niños y niñas, con la anuencia entusiasta de sus padres y madres.

- Tamo' limpiando lo' bloque¹⁸ pa' que lo' viejo¹⁹ le' monten la frialdad²⁰ de nosotros a lo' policía'.

- Queremo' que no' ayuden a poné' tablero en lo' palo' de lu' pa' soltá' un poco la lle-ca; pa' que la policía no' suelte en banda²¹.

En menor medida, se crearon pequeños grupos que utilizan como medio de concienciación las técnicas del teatro popular, callejero o “de provocación”, para llevar un mensaje edificante sobre educación sexual, embarazo no deseado, VIH y SIDA, violencia sexual, doméstica y barrial, además de otros asuntos de interés de los jóvenes, en sus lugares de encuentro y diver-

14 SIDA.

15 Los autos no corren sin ruedas.

16 Magic Johnson, famoso basquetbolista afroamericano que vive con VIH.

17 Las organizaciones con las cuales se mantienen relaciones de armonía, son llamadas “primicias”, por sus miembros.

18 Cuadras, manzanas.

19 Adultos, padres.

20 Atestigüen el abandono de las actividades delictivas.

21 Nos dejen vivir tranquilos.

sión. De particular interés es el mensaje y la práctica de mejorar la economía personal y familiar, piedra angular de este enfoque, a través del desarrollo de “micro-emprendimientos” o “industrias creativas” juveniles, en los cuales ellos buscarían desarrollar opciones dignas y productivas dentro de la economía informal, tales como la artesanía, el arte, la música y el baile, los deportes, entre otros. Un proyecto de la Red para desarrollar estas ideas está siendo considerado por los técnicos de una agencia internacional.

- Queremo' aprendé' artesanía, serigrafía, pa' no 'tá' sofocando²² a la gente, quitándole lo suyo²³.
- Yo solté la lle-ca²⁴ porque quiero trabajá' y ayudá' a mi vieja²⁵.

A través de este abanico de opciones, la participación activa en la prevención del VIH/SIDA y ETS, ha devenido parte del nuevo vocabulario de los jóvenes y de la conciencia de la opinión pública de las dos comunidades. Cada grupo, con apoyo moral y financiero de COPRESIDA, ha “empaquetado” su territorio con carteles, pegatinas, consignas y murales, ha plasmado nuevos símbolos, escenificado dramatizaciones, compuesto canciones, realizado conciertos, identificándose con un nuevo estilo de presentación de los jóvenes del barrio ante sus padres, otros adultos, y figuras de autoridad.

- Por una vida sana, junto' podemo' vencé' al mon'truo: usemo' condón.
- Ante' no' llamaban jóvene' delincuente'. Solté tó' en banda²⁶; no 'toy en para-...²⁷ ni con la policía ni con mi enemigo; ya soy parte de la Red de Jóvene'.

Un evento de gran significación para la percepción del poder social de los jóvenes integrantes de los quince grupos de Guachupita, fue la organización de una marcha contra la violencia alrededor del barrio, con motivo

22 Hostigando.

23 Robándoles.

24 Me alejé de la delincuencia.

25 Madre.

26 Dejé de atracar, de vender drogas.

27 Paranoia.

de la conmemoración del Día Internacional de la No Violencia Contra la Mujer, el 25 de noviembre de 2005, unida a la prevención del VIH/SIDA (Ver Foto 5). Este evento se ha convertido en una institución en Guachupita, al celebrarse cada año.

Esta actividad ha obtenido, los tres años, la inusual autorización escrita de la Secretaría de Estado de Interior y Policía y el acompañamiento policial. Al final de la primera marcha se dio a conocer la formación de la Red de Jóvenes Unidos de Guachupita –con un gran mural de compromiso firmado por los dirigentes de las quince naciones–, y se realizó un concierto de grupos musicales del sector, que incluyó las principales formas de manifestación juvenil del arte popular actual (rap, hip hop, reggaetón, ‘perreo’ y bachata) en el Club Renacer, principal lugar de encuentro de los moradores del barrio.

Como muestra de sostenibilidad, en 2007, el equipo de minibasket (12-14 años de edad) del club, cuyo entrenador es Luis Alberto “Chichí” Jiménez, presidente de la Red y coautor de este artículo, ganó el torneo



Foto 5: Primera marcha contra la violencia (noviembre 2005)

del Distrito de este deporte, organizado paradójicamente por la Liga Atlética Policial, frente a treinta y tres equipos de barrios adversarios, que participan dentro del programa de “Barrios Seguros”. El más seguro de todos es aquél donde los jóvenes han aprendido a decirle “Sí a la Vida”.

Un solidario equipo italiano de tres video-realizadores, dirigido por Eugenia Teodorani, pasó diez días, a mediados de 2007, entrevistando a jóvenes y filmando esta esperanzadora experiencia en Guachupita, como parte de un documental sobre la transnacionalización de las pandillas, contratado especialmente por Discovery Channel. El mismo será traducido a doce idiomas y difundido en treinta países, durante seis meses. Contrario a las experiencias traumáticas de los miembros de otro equipo homólogo contratado por dicha compañía meses antes en otra locación, a quienes desconocidos despojaron vergonzosamente de cámaras, películas, y otras pertenencias, en Guachupita, protegidos por los dirigentes de la Red y los integrantes de las naciones, no se perdió ni un alfiler.

Lo mismo había ocurrido en el verano de 2006, cuando un grupo de sesenta estudiantes españoles de comunicación social, invitados por la Universidad Autónoma de Barcelona, el Grupo BANCAJA y la fundación dominicana FUNGLODE, visitaron el barrio de Guachupita en un ambiente de inmersión cultural, periodismo ciudadano y camaradería. Su video de la experiencia puede ser visto en Youtube bajo Guachupita Por la Esperanza.

Lecciones aprendidas

La primera lección aprendida durante esta investigación-acción fue que los y las jóvenes de clase popular, tradicionalmente excluidos socialmente, están ávidos por participar activamente en el proceso de desarrollo socioeconómico y cultural de sus personas, familias y comunidades, como cualquier otro ser humano. La beligerancia territorial y la orientación hacia la muerte, con sus correlatos de tendencias hacia la fuga, ya sea a través de las fantasías, del abuso de alcohol y otras drogas o de la emigración, resultaron ser construcciones que se mantenían vigentes por inercia y por desconocimiento de que sí podían existir otras opciones. Así, lo que se presenta como una orienta-

ción autodestructiva, en el fondo se revela más como una pose que debe llevarse a sus últimas consecuencias, lamentablemente, como forma de construir la masculinidad opresora prescrita por la propia cultura tradicional.

La segunda lección aprendida es que esta participación, cuando se basa en la empatía y el respeto a la cultura juvenil –sus formas de organización y expresión–, tiende a sobrepasar las expectativas más optimistas en términos de originalidad, creatividad, sentido del humor, compromiso real, y reivindicación de derechos. Evidencia de esto es el despliegue espontáneo y colectivo de manifestaciones de arte popular, tales como los graffitis, la música y el teatro callejero, con contenidos verdaderamente constructivos y edificantes. Quizás por primera vez en sus vidas se pidió y se permitió a estos jóvenes decir su propia palabra en sus propios términos –hablar por sí mismos, ejercer sus derechos civiles conculcados, ser ciudadanos– y se les escuchó activamente y con interés. Este “permiso” de afirmarse bastó para que reconocieran que las frustraciones por las que se enfrentaban, violenta e inútilmente unos a otros, eran las que debían unirlos. La sostenibilidad de las actividades de la Red de Jóvenes Unidos de Guachupita, y sus modestos pero crecientes triunfos, son los mejores testigos de esto.

La tercera lección aprendida es que los líderes de las organizaciones juveniles de la calle son, como esperábamos, por sus acciones solidarias comprobadas y consistentes, los y las jóvenes con más talento y don de mando en sus comunidades, y los llamados a ocupar posiciones de liderazgo en múltiples aspectos, en la medida en que se cultiva su potencial. Resultados preliminares de nuestra investigación revelan que sus niveles de autoestima y aspiración exceden todas las expectativas. Durante la marcha contra la violencia en noviembre de 2007, por ejemplo, salió a relucir con naturalidad algo ignorado, que muchos líderes juveniles de la parroquia católica eran, justamente, los mismos dirigentes de la Red de Jóvenes –miembros de las exorcizadas naciones–, una coincidencia bastante sorprendente e incomprensible para mentalidades relativamente ajenas a la capacidad del hombre y la mujer latinoamericanos de unir los aparentes contrarios, de no escoger ni rechazar.

La cuarta lección aprendida es que el VIH/SIDA y las infecciones de transmisión sexual, la violencia y probablemente cualquier otra amenaza

percibida como importante para la salud y la vida de la población, son suficientes para servir como puntos de aglutinación de un cambio radical de actitudes y de la creación de nuevos valores culturales, tales como el uso consistente del condón, el rechazo a la discriminación por VIH/SIDA y por orientación sexual, y el repudio a la violencia doméstica, de género, y comunitaria.

La quinta y última lección aprendida es que los gastados discursos sobre la necesidad de trazar políticas públicas multimillonarias de generación de empleos de trayectoria obrera para los jóvenes de clase popular no son más que subterfugios para concluir que la limitación de los recursos no permite inversiones tan cuantiosas, y terminar por no hacer nada por cambiar la situación. El permiso a los jóvenes para desarrollar de manera proactiva nuevas formas de producción, ya sea artística, artesanal o de cualquier índole –como las “industrias creativas”–, es la precondition para que ellos y ellas superen la marginalidad y la opresión, dándoles la oportunidad de superarse. Todo el proceso descrito aquí tuvo un costo irrisorio en términos de presupuesto.

Esto no significa que los desafíos a esta perspectiva se resolverán mágicamente o que la experiencia se replicará espontáneamente en otras comunidades. Lo que hemos presenciado y atestiguado es apenas la primera piedra de una labor que tendrá que vencer grandes obstáculos. El escepticismo y la resistencia misma de las organizaciones comunitarias controladas por adultos a ceder poder a los jóvenes y verlos como seres humanos, es un caso a estudiar. Pero, tal vez, las experiencias de estas naciones juveniles dominicanas podrían ser una fuente de inspiración para las maras centroamericanas. Aunque nuestras historias difieran en muchos aspectos, las dictaduras de clase, la opresión y la exclusión nos asemejan.

En conclusión, se ha dicho que el accionar de las naciones no es revolucionario en el sentido conflictivo y violento de la concepción del cambio social fallido en el siglo XX –la violencia como partera de la historia. Pero estamos en el siglo XXI y las cosas han cambiado. Tal vez las verdaderas transformaciones sociales, económicas, políticas, culturales y espirituales sólo podrán ocurrir desde ahora, bajo el signo de la paz con justicia.